

SIGNOS DE ADMIRACION

MANUEL ANDUJAR

"Credo de libertad"
y otras presencias

NO ya por vinculación política y administrativa, en el continente fronterero, su costa desde Múaga avistada; tampoco en virtud de un tangible carácter territorial, pegajosamente fronterizo: si a resultas de vínculos y orígenes civiles, humanas, al margen de lo castrense, la ciudad de Melilla alberga isloles culturales a lo andaluz entroncados. Y quienes mantienen encendidos esos fuegos-lares, marcados por su posible transitoriedad, a merced de un estar sólo inserto, abolida la entera seguridad del futuro común, no cejan en un quehacer de afirmaciones expresivas.

Pero este grave condicionamiento, existencial y espacial, no es causa única de las notas de clasicismo bruñido y de colindante paganía mediterránea que a lo africano se adhiere para distinguir una creación poética de vasto empeño y tenaz laboreo, la de Miguel Fernández. La razón hemos de atribuirle también, concorde, al temperamento sobrio y un tanto ensimismado del escritor, a su mesurado sentir y a su perspectiva de terrenas trascendencias. Incluso algún bordoneo elegante-sexual en sus versos —ejemplo, "Eros y

Miguel Fernández.



Anteros"— adquiere, gracias a una emocionada sabiduría verbal, sustantivadora, fija atmósfera.

A pesar de que los atenúan y exculpan su colaboración social y una presteza de discretas hermandades, perceptible es que aislamiento y soledad, cotidianos, constituyen las claves ambientales de la lírica trama de Miguel Fernández, configuran una dedicación que no admite desmayos. En su lejanía habitual de los centros literarios españoles ha labrado un edificio distintivo de considerable magnitud a estas fechas y que ofrece una consecuencia temática donde no se excluyen los misteriosos interiores y los exigentes pero compensatorios senderos.

Si bien Miguel Fernández —reflexión y clarividencia aunados— no cesará de remodelar nuevos ciclos de poemas, el haber aparecido este año la segunda edición de "Credo de libertad", que inició en 1958 su inconfundible cadencia, y recientes, de prensas granadinas, "Las flores de Paracelso", gran ejercicio de virtuosismo, dan idea de una producción sistemáticamente significativa, redondeada, y, además, sin desniveles primerizos ni maduras aguanosidades.

El poemario "Credo de libertad" comparece hoy sin un solo pliegue de añejez, limpio de gestulación tímida, declarados los que serían abanicos argumentales y facultades de ritmo y rima, explayados después en "Sagrada forma", "Juicio final", "Monodia", "Atentado celeste".

Los propios títulos enuncian, y los correlativos textos atestiguan, una consagración a lo que nuestro devenir e intuir poseen de comunal y singular, día o conflicto de perennidad y fugacidad que encarnamos y nos desgarran:

"Ha nacido esta mañana/ha procreado a la tardely va a morir esta noche".

A partir de esa presencia —"Credo de libertad"— y a través de los hitos apuntados, Miguel Fernández, que parece asentarse en el frágil equilibrio de la fraudulenta cercanía y del efectivo distanciamiento, pocas leguas de mar interferidas, desorienta ahora a los alicortos con "Las flores de Paracelso", botánico y esotérico ejercicio de belleza, en el que los apresurados pueden no advertir la sangrienta señal del olivo, más acusatoria que las trilladas estridencias y que viene a resumir sin número de trapelías y las respectivas insurgencias "en la plaza redonda del conjuro":

"El reto que maldijo del tirano
el cruel fusilamiento,
en la pólvora queda.
El mártir muere el olivar.
¿Le veis?
En la alba camisa
la roja flor de sangre se enarboia
y cuaja allí el veneno".

Sea cual fuere el destino, distante o próximo, de la "plaza fuerte" (¡oh, resquebrajado castillo, cercado torreón, rival puerto contiguo! de aquellos polvos estos lodos...) donde Miguel Fernández y su círculo de afines españoles cobraron nacer y residencia, queda y permanecerá el noble afán justificador, en letras y ánimos, de un grupo a su estilo extrañado. ■



José Herrera Peters.

Tornero, el actual vicepresidente de ARDE, que, dicho sea entre paréntesis, salió muy bien librado —según su propio testimonio— tanto política como económicamente de los resultados de la guerra y posguerra, Memorias que llegan hasta 1975. Sus relatos no tienen el patetismo de los de Eduardo Guzmán o Angel María de Lera, pero no por ello deja de ofrecer una visión de la realidad que Márquez Tornero completa con la constante referencia a los sucesos internacionales. A modo de apéndice, Testimonio de mi tiempo incluye el texto de la Constitución de la Segunda República Española, que nos sirve para recordar aquello de que "España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y justicia", o aquel artículo 6, en el que se decía que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

CANCION

Labordeta y los enterradores

LOS recientes recitales de José Antonio Labordeta por diferentes lugares de la Península, y, especialmente, los multitudinarios de Madrid —donde hubo que ampliar las sesiones, habitualmente de dos, hasta un número precisamente doble— hacen pensar en un "renacimiento" de la canción popular, ahora que